

Finalmente, Cornelio Alápide reasume en estos términos la imponente tradicion que acabamos de exponer: «Esta creencia, dice el sábio y piadoso intérprete, es tan general entre los cristianos, judíos, paganos, griegos y latinos, que se puede considerar como una antigua y comun tradicion; con tal que no se determine el día ni el año, esta opinion tan comun es probable¹.»

¿Puede acusarse, pues, de limitado espíritu al que la crea y hasta la adopte en los límites de la prudencia? Si es un error, diremos con el sábio Riccardi, por cierto que es glorioso incurrir en él con tantos grandes hombres². Las dudas que se encuentran sobre este punto son debidas á dos causas principales: la primera es la diferencia de cronología, pues unos siguen la del texto Hebreo, otros la de los Setenta; la segunda, la ignorancia en que estamos sobre la época *precisa* del fin del mundo, ora por la razon de la fecha precisa de su creación, ora porque Jesucristo ha dicho que los días de la última prueba se abreviarían en favor de los elegidos.

XVIII.

Acabamos de oír que el mundo está actualmente al fin de su curso, pues lo dicen una multitud de Santos, Doctores y hombres graves y concienzudos pertenecientes á todos los siglos, á todos los países y hasta á todas las religiones. ¿Por qué no ha de poder ser así? ¿No hay una presuncion de verdad en el comun acuerdo de tantos testigos irrecusables sobre un hecho de tanta impor-

be condito adeo incerta et inexplorata hactenus sit, ut praediximus. Quis vero neget probabili quadam conjectura praesentiri utcumque posse rerum occasum? (Malvend. *de Antich.* lib. II, c. 23).

¹ Ita enim in hanc sententiam conspirant Christiani, Hebraei, Gentiles, Graeci et Latini, ut videatur esse vetus communisque traditio... En cuanto á los paganos, véase á *Laetan.* lib. VII, 13, 14, etc., y á *Sicut Senens. Biblioth.*... Haec sententia (non definiendo certum diem, nec annum) uti communis, ita probabilis est conjectura. Nihil enim certi hac in re definire possumus, utpote quae pendet à secreto Dei decreto, ne audiamus illud Christi: Non est vestrum nosse tempora vel momenta quae Pater posuit in sua potestate. (*In Apoc.* xx, 3).

² Se fosse anche un errore, è un bell'errare con tali uomini. (*Il fine del mondo*, pág. 39).

tancia? ¿No estarían satisfechos nuestros jurados si en todas las causas sometidas á su exámen reunieran tantas pruebas para formar y apoyar sus fallos? Añadid que una tradicion tan respetable por sí, parece adquirir una nueva autoridad con los acontecimientos de la historia moderna.

Está escrito en el libro profético, legado á la Iglesia como una antorecha para dirigirla durante los últimos tiempos de su laboriosa peregrinacion: «Y ví otro Ángel volando por en medio del cielo, llevando el Evangelio eterno para evangelizar á los habitantes de la tierra, de toda nacion, tribu, lengua y de todo pueblo, diciendo á grandes voces: Temed al Señor y honradle porque se acerca la hora de su juicio¹.» Vosotros lo ignorais tal vez; pues bien, el Ángel encargado de anunciar al mundo la proximidad de su última hora, ha llegado ya.

Apareció en el fondo de las Españas al espirar el siglo XIV un personaje extraordinario, santo y profeta desde su juventud, y que creció en medio del asombro universal. Reposa en él el espíritu divino; en su corazón, abrasándole con un celo desconocido desde san Pablo; en su alma, iluminándola la luz del porvenir; en sus manos, que siembran los milagros á millares; en sus labios, que inspira la elocuencia mas prodigiosamente poderosa que se oyera jamás; y en su cuerpo, sosteniéndolo á pesar de su extrema debilidad en medio de la mas ruda austeridad y abrumadoras fatigas. Aunque hombre, es un ser sobrehumano que rehúsa constantemente las dignidades que un Papa le impele á aceptar; su vida es una oracion, un ayuno y una predicacion continua; y durante veinte y cuatro años recorre la Europa entera, que se estremece y palpita al oír su potente voz.

Predica en su lengua materna, y le entienden en todos los países, y se despiertan al clamoroso rumor de esta trompeta sacerdotes y legos, reyes y pueblos, los pecadores inveterados, Lázaros amortajados en el sepulcro del vicio, herejes, judíos y mahometanos, saliendo los unos de la tumba del crimen, y los otros de la del error. El estupor y el entusiasmo encadenan tras sus huellas

¹ Et vidi alterum angelum volantem per medium coeli, habentem Evangelium aeternum, ut evangelizaret sedentibus super terram, et super omnem gentem, et tribum et linguam, et populum, dicens magna voce: Timete Dominum et date illi honorem, quia venit hora iudicii ejus. (*Apoc.* xiv, 6, 7).

diez, quince, veinte mil personas, que le siguen de ciudad en ciudad, ansiosas á la par que aterradas de sus palabras. Durante los veinte años de su apostolado el tema ordinario de sus sermones fue el juicio final. El mismo anuncia al mundo *qué ha sido enviado especialmente por el soberano Juez para anunciar la llegada del último día*; y como Pedro, Pablo y todos los grandes misioneros del Cristianismo, prueba su misión con asombrosos milagros.

Hallábase en Salamanca, la ciudad de los teólogos y de los sábios por excelencia; un pueblo inmenso se agrupaba deseoso de oír al enviado del cielo; y no siendo capaz ninguna iglesia para contener la muchedumbre, sube el Taumaturgo á una colina. Un silencio profundo reina en torno suyo al hablar, cuando alzando repentinamente la voz, exclama: «Yo soy el Ángel del Apocalipsis que vió san Juan volando por en medio del cielo, y que decía en voz alta: Pueblos, temed al Señor y glorificadle, porque se acerca la hora del juicio.» Sordo murmullo sale entonces del seno de la muchedumbre oyendo tan extrañas palabras, y le acusan de locura, de orgullo y de impiedad; el enviado de Dios se para algunos momentos con los ojos fijos en el cielo, y como arrobado en éxtasis; vuelve á hablar, y exclama otra vez con voz aun mas fuerte: «Yo soy el Ángel del Apocalipsis, el Ángel del juicio final.» Los murmullos se aumentan y asordan su acento. «Tranquilizaos, dice el mensajero celeste, y no os escandaliceis con mis palabras, pues vais á ver con vuestros propios ojos que sé lo que digo. Id al extremo de la ciudad, á la *Puerta de san Pablo*: encontraréis una mujer muerta; traedla aquí, pues yo la resucitaré en prueba de lo que san Juan ha escrito de mí.»

Un increíble clamoreo y tumulto siguió á estas palabras; pero algunas personas se dirigieron á la puerta indicada, donde hallando efectivamente una mujer muerta, cogieron el ataúd y lo colocaron en medio del auditorio. Todos se acercan, todos quieren asegurarse de que la mujer está verdaderamente difunta; y cuando millares de testigos no dudan de su muerte, todo el auditorio asombrado forma un círculo inmenso en torno del cadáver. El Ángel, que no ha abandonado un solo instante su sitio elevado, se dirige entonces hácia la difunta y le dice con voz potente: «¡Mujer, en nombre de Dios te mando que te levantes!» Alzase la mujer en seguida de dentro del ataúd, y el Ángel añade: «De-

«cid, ya que podeis hablar, decid para la salvacion de todo este pueblo si es cierto ó no que soy el Ángel del Apocalipsis, encargado de anunciar al mundo la proximidad del juicio final. — «Sí, Padre; responde la muerta, vos sois ese Ángel, sí, vos lo sois verdaderamente.»

El Santo entonces, para afirmar tan portentoso testimonio con dos milagros, le dice: «¿Quereis quedar viva ó morir otra vez? — «Me quedaré con gusto en la tierra, respondió la mujer. — Vivid, pues.» Y vivió en efecto un gran número de años, testigo vivo y muerto, dice un historiador, de tan asombroso prodigio y de una mision aun mas asombrosa ¹.

No se crea que un hecho tan portentoso sea una circunstancia, por decirlo así, desapercibida en la vida del hombre de Dios, ó una particularidad contada tan solo por algun historiador oscuro. Este hecho, y la mision divina que estableció, es tan principal en la vida del Santo, domina y caracteriza de tal modo su apostolado, que veréis por donde quiera en Italia representado el gran misionero por la pintura bajo la figura de un Ángel que vuela por en medio del cielo, y no hay uno solo de los numerosos historiadores del Taumaturgo que deje de contar minuciosamente este prodigio y de darle una extensa cabida en su relato. ¿Qué mas podemos decir? El hecho ha recibido toda su autenticidad por medio de requisiciones, declaraciones y testimonios bajo juramento, y de pruebas de toda especie; y para coronar todas estas pruebas, la Iglesia ha prestado un homenaje solemne á la verdad de tan grande acontecimiento por el órgano del soberano Pontífice Pio II, reconociendo en la Bula de canonizacion al Taumaturgo por el Ángel del Apocalipsis, y diciendo con san Juan: «Tuvo las palabras del Evangelio eterno para anunciar, como el Ángel que volaba por en medio del cielo, el reinado imperecedero de

¹ Il taumaturgo rivolto a lei dal pulpito disse: «Alzati nel nome del signore; e di adesso che puoi parlare: se io sia l'angiolo dell' Apocalisse, che predica l'ultimo universale Giudizio?» — «Si voi siete quello, rispose la risorta «donna, che si eraalzata sul feretro, si voi siete quello appunto.» Pose egli poi in arbitrio di lei, o il tornare a morire, o rimanere in vita, e avendo detto di vivere, rimanse al mondo per molti anni. (*Vida del Santo por D. Vicente Vittoria*, c. 15, pág. 77, edic. en 4.º, Roma, 1705. — *Testigo*, disse il Valdecebro, vivo y muerto de tan monstruoso prodigio.

«Dios á todas las gentes, tribus, lenguas, pueblos y naciones, y «para demostrar la proximidad del juicio final¹.»

¿Deseais saber el nombre de este Ángel? Se llama san Vicente Ferrer².

Tal vez habrá alguno que me preguntará: ¿Si san Vicente Ferrer era el Ángel del juicio, por qué no se ha efectuado el acontecimiento luego despues de su predicacion? Es fácil la respuesta. Nosotros preguntaremos tambien: ¿Por qué no siguió la destruccion de Ninive inmediatamente despues de la predicacion de Jonás, que era un verdadero profeta que decia: «Antes de cuarenta dias será Ninive destruida³?» ¿No conocemos las promesas y amenazas condicionales de Dios? Llena está de ellas la Escritura. Es cierto que los pecados de Ninive merecian la destruccion de la ciudad, y era indudable que debia efectuarse el castigo el dia anunciado por el Profeta; pero la penitencia de la ciudad culpable suspendió el azote, y Ninive no fue destruida en la época designada. Es una imágen exacta de lo que sucedió en la época y predicacion de san Vicente Ferrer.

«Cuando se recuerdan, dice Riccardi, los desórdenes y escándalos de toda especie que desfiguraron la faz del Cristianismo durante la segunda mitad del siglo XIV y principio del XV, no es

¹ ... Acterni Evangelii in se documenta habentem... Ad extremi tremendi- que judicii diem, quasi angelum volentem per coeli medium, pronuntiandum, evangelizandumque sedentibus super terram... ut in omnes gentes, tribus et linguas, populos et nationes... regnum Dei, diemque judicii appropinquare ostenderet. (*Bul. canonizat.*). — No es una aplicacion arbitraria de las palabras de la Escritura. ¿No hubiera sido acreditar la impostura caracterizar en un acta auténtica con semejantes expresiones un hombre falsamente tenido por el Ángel del Apocalipsis? Ved además las vidas del Santo, que son numerosas, pues conocemos catorce, de las cuales solo citaremos á los Bolandistas, Valdecebro, y Teoli que hace mencion de un gran número de historiadores distinguidos en apoyo del hecho de que hablamos. (*Lib. I, tract. 3, c. 19*). San Luis Bertrand, dominico, ha dado una explicacion literal de la revelacion de san Juan, que prueba haberse cumplido en san Vicente Ferrer. (*Tom. II, Serm. de S. Vincentio*).

² No debe admirarnos que el Ángel del juicio final sea un hombre y no una inteligencia celeste: el mismo Salvador ¿no nos dice que san Juan Bautista es el Ángel anunciado por las profecias para prepararle la senda? «Dixit Jesus ad turbas de Joanne: Hic est de quo scriptum est: Ecce ego mitto angelum meum ante faciem tuam qui praeprabit viam tuam ante te. (*Matth. xi, 10*).

³ Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur. (*Jonae, iii, 4*).

«difícil admitir la mision divina del gran Taumaturgo, y reconocerle como un primer Enoch, precursor del Juez supremo; mas «cuando se ve por otra parte el lamento universal que se alzó en «toda Europa, la penitencia solemne y el cambio prodigioso que «ocasionó la terrible amenaza, la terminacion del gran cisma de «Occidente, que por sí solo hubiera sido capaz de apresurar el fin «de los siglos; cuando se considera, en una palabra, todo lo que «ha precedido y seguido al vuelo apostólico del hombre de Dios «al través de Europa; no puede menos de creerse que Dios, sin «faltar á la verdad de la profecia, se dignó compadecerse al ver «una penitencia tan universal, como lo dejaba entrever y esperar «el mismo grande Apóstol en medio de sus mas formidables amenazas.

«Pero ¿no podria suceder ahora lo que entonces quedó suspendido? ¿Parecerá, pues, increíble ó precipitado cinco siglos «despues un castigo que debe llegar forzosamente un dia, y que «sin una penitencia extraordinaria hubiese herido al mundo hace «cuatro siglos? ¿parecerá, repito, increíble en una nueva época «de corrupcion tal vez mas profunda y de incredulidad ciertamente mas universal; en una época especialmente en que el «mundo no piensa en oponer al azote de Dios el poderoso baluarte «de una conversion general, único medio de contenerlo¹?»

Véase, pues, que el plazo concedido al mundo penitente no destruye la certeza de la mision divina de san Vicente Ferrer, lo mismo que la conversion de Ninive no destruye tampoco la del profeta Jonás.

No obstante, si exigis que la prediccion del Ángel del juicio tenga un sentido mas literal y directo, es fácil satisfaceros. Estais viendo un anciano, y sabeis que pronto debe atacarle y llevarsele una enfermedad mortal, pero podeis decirle con verdad: ¿Ha llegado vuestra última hora? Este es el lenguaje con que habló al mundo el gran Taumaturgo del siglo XIV; lenguaje verdadero, porque estaban á punto de declararse los síntomas de muerte que nadie sospechaba, porque el mundo *se acercaba al principio de su fin*. La verdad de esta respuesta es tanto mas invencible cuanto que toda la historia posterior es á los ojos de la razon una prueba cada vez mas evidente. Y ahora mismo, sin salirnos de los límites de

¹ Pág. 14, 15.

narrador, vamos á someter al juicio de los hombres concienzudos y pensadores los hechos siguientes.

XIX.

Si el Santo dijo la verdad al anunciar la *proximidad* del juicio final, han debido aparecer despues de su muerte los signos precursores del fin de los siglos. Estos signos son de dos especies, *lejanos y próximos*; muchos de los primeros están indicados por la tradicion, como la caída del imperio romano y el fin del reinado de Mahoma, seguido del grande imperio anticristiano; y otros están consignados en la Escritura, como la predicacion del Evangelio por toda la tierra y la apostasia general. Los signos próximos están reservados mas bien para acompañar que para anunciar mucho tiempo antes la terrible catástrofe ¹, y se cuentan dos principales; la conversion de los judíos y la agonía de la naturaleza. No ha aparecido aun el segundo de estos últimos; pero creo que se empieza á vislumbrar el primero.

Hé aquí lo que dice un hombre muy instruido sobre el estado actual de los judíos: «Hace *algunos años* los israelitas vuelven en *tropel* y en *todos* los países, ya sabeis que no exagero, á la santa fe católica, á la verdadera religion de nuestros padres. Vuestras miradas encuentran, gracias á Dios, en todas partes un gran número de hermanos vuestros regenerados por las aguas salubres del Bautismo. Podemos decir que somos de ayer los israelitas católicos, y ya inundamos las ciudades que habitais, vuestras casas de comercio y vuestros mismos consistorios ².»

Pero ¿puede negarse la divinidad de su mision si han aparecido del todo ó en parte los demás signos despues de la aparicion del Ángel del juicio? ¿No es muy lógico y justo temer que las tendencias anticristianas de la época actual no sean una crisis pasajera, sino la preparacion cada vez mas rápida del formidable im-

¹ Riccardi, pág. 16.

² Drach, *Armonia entre la Iglesia y la Sinagoga*, t. I, pág. 26, París, 1843, pág. 27.—El mismo autor cita un gran número de judíos convertidos hace poco tiempo, que se han hecho sacerdotes y misioneros, y una multitud de señoritas israelitas que han abrazado la vida religiosa en Francia y en Italia. «En diez años, dice el sábio Rabino, se han convertido mas judíos que durante dos siglos.»

perio, último perseguidor y heraldo inmediato de la venida del gran Juez? Volvamos á la historia, y estudiemos los hechos sin parcialidad, sin deseo de exagerar lo que es, ó de negar lo que no es, sino con toda la sangre fria del desinterés y toda la calma de la razon. Apenas descendió el Santo al sepulcro, cuando aparecieron en el horizonte los signos pronosticados y hasta entonces invisibles de los últimos dias.

Primer signo: *Caída del imperio romano*. ¿No habeis leído en los Padres de la Iglesia que los primeros cristianos, iluminados por una tradicion profética, oraban con especial fervor por la conservacion del imperio romano, porque miraban su caída como el preludio inminente del fin del mundo? «Tenemos, dice Tertuliano, mayor motivo para orar por los Césares y por la conservacion del Imperio, pues *sabemos* que mientras dure el imperio romano, no se efectuará la gran catástrofe que amenaza al universo, el mismo fin del mundo que deben acompañar tan horribles desastres ¹.» «Nadie duda, añade Lactancio, que estará cercano el fin de los reinos y del mundo cuando caiga el imperio romano, pues él sostiene el universo. Por esta razon debemos rogar á Dios con la frente hundida en el polvo, para que se emplace la ejecucion de sus decretos, y para retardar la venida del abominable tirano, que ha de derrocar el imperio romano y apagar esta antorcha cuya desaparicion acarreará el fin del mundo ².»

«El demonio, dice san Cirilo de Jerusalem, suscitará un hombre famoso que usurpará el poder del imperio romano, y vendrá este Antecristo cuando se acabe la época del imperio romano y se aproxime el juicio final ³.» San Jerónimo advierte en la

¹ Est et alia major necessitas nobis orandi pro imperatoribus, etiam pro omni statu imperii rebusque romanis, qui vim maximam orbi iminentem, ipsamque clausulam saeculi acerbitates horrendas comminantem, Romani imperii comiteatu scimus retardari. (*Apol.* xxxii).

² Cum caput illud orbis occiderit... quis dubitet venisse jam finem rebus humanis orbique terrarum? Illa, illa est civitas, quae adhuc sustentat omnia; precandusque nobis et adorandus est Deus coeli, si tamen statuta ejus et placita differri possunt, ne citius quam putemus tyrannus ille abominabilis veniat, qui tantum facinus molliatur, ac lumen illud effodiat, cujus interitu mundus ipse lapsurus est. (*Divin. Institut.* lib. VII, de *Vit. Beat.* c. 25. *Id.* c. 15).

³ Catec. xv.